

Resonancias del terruño.**Por Ramón M. Quesada.**

Ultimos días de Cartago

IV

¡Qué amanecer tan memorable y aterrador el del 5 de mayo! La aurora, que es siempre un espectáculo sonriente, me parecía entonces una luz funeraria alumbrando los despojos de la muerte. Aquella trágica alborada me produjo una impresión mil veces peor que la del terremoto mismo, que al fin y al cabo nos había dejado á todos semi-inconscientes para podernos dar una idea clara de lo sucedido.

Llegué por fin al centro de la hermosa avenida central, frente á la Botica de Pirie, y sólo descubrí un horizonte de ruinas amontonadas unas sobre otras, y multitud de personas, que iban y venían con febril actividad ó escarbaban con diligencia entre aquellos fragmentos de la ciudad martirizada. Distinguidas matronas, bellas señoritas, campesinas humildes, casi todas con los vestidos cubiertos de lodo, se abrazaban con efusión, se comunicaban sus impresiones y daban rienda suelta á sus lamentos y á sus lágrimas, en forma tan conmovedora que hasta los extraños, que comenzaban á llegar de afuera, se quedaban atónitos y dejaban asomar el llanto á sus ojos. En medio de tanta tristeza sentía una verdadera alegría cuando volvía á encontrar vivos á la mayor parte de sus semejantes, aunque antes le hubiesen sido indiferentes. Así vi reconciliarse en la desgracia personas que por mucho tiempo no se habían cruzado una palabra, deponer sus odios mutuos y tratarse fraternalmente.

Seguí caminando y cuando me acerqué á mi casa, ya nada me sorprendió, pero sí me quedé estupefacto al reconocer los sitios en que nos habíamos salvado milagrosamente todos los de mi hogar. Los departamentos contiguos á la calle, con excepción de mi oficina, colocados de Este á Oeste, habían caído completamente al Sur; el resto de las habitaciones quedaba en pie, pero en un estado ruinoso. De mi modesto ajuar sólo asomaban algunos muebles rotos, por entre el hacinamiento de cañas, maderas, tejas y terrones; por todas partes mis papeles dispersos, y las gallinas picoteando libremente en lo que

antes fuera sala ó dormitorio. Toda la vajilla y objetos de comedor, que estaban un poco á la vista, habían sido ya sustraídos por manos criminales. Igual cosa sucedió más tarde con algunas alhajas de mi esposa y otras prendas bien conocidas. ¡A río revuelto...!

Pude conseguir un poco de leche caliente que llevar á mi familia, y á continuación me eché á andar por todos lados en busca de algunas provisiones con qué calmar el hambre, particularmente de los niños. Difícilmente se conseguían algunas galletas y golosinas en aquellos establecimientos que no habían caído del todo; los dueños de carnicerías repartían entre los primeros que llegaban, la existencia que tenían para la venta, y que se pudo sacar sin mucho trabajo en algunas partes. Cuando más tarde llegó el primer coche de San José con algunos sacos de pan, multitud de personas de todas clases y condiciones pugnaban por obtener siquiera un bollo. De nada le valía á nadie traer dinero, porque no había qué comprar ni quién vendiera. Y aquellos fueron momentos en que el espíritu caritativo resplandeció por modo admirable, aun entre los mismos damnificados, que procuraban socorrerse mutuamente con lo poco de que cada cual disponía.

Nadie mencionaba sus pérdidas materiales; y objetos de valor eran mirados con indiferencia por sus dueños, que tenían el pensamiento fijo en el propio dolor ó en el ajeno por las irreparables pérdidas de vidas, que ha sido lo más conmovedor de esta tragedia.

El primer entierro con que me encontré en la calle, como á las seis de la mañana, fué el del apreciable padre de familia don Jesús Pacheco Cabezas. En seguida pasaba otro, y luego otro, en hombros de los deudos ó amigos, y después... una funeral procesión en que los coches y carretas no se daban tregua, como tampoco se la daba la ambulancia en el acarreo de heridos y quebrados al kiosko central.